

Dacci oggi il nostro pane

VERSIÓN EN ESPAÑOL - Distribución gratuita para uso privado ~ Número 10 - Domingo 16 de agosto de 2020

EL SEPTIMO DIA

XX Domingo T.O.
Ciclo A

Mujer, ¡tu fe es grande!

Jesús está en la zona de Tiro y Sidón. Una mujer cananea comienza a gritar: "¡Piedad de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija está terriblemente endemoniada." La mujer grita, pero Jesús ni siquiera se dirige a ella. La mujer no clama a un extraño, a un desconocido, sino al Señor, al hijo de David, a su Mesías, que vino no sólo por los hijos de Israel, sino por todos los pueblos. Es el Salvador y el Redentor de todos. Su hija también tiene derecho a ser rescatada, liberada. Jesús es también su Mesías. Cómo esta mujer llegó a esta fe lo ignoramos. Pero debemos confesar que su fe es perfecta, nada le falta. Tú sabes quién es Jesús: él es el Señor, el hijo de David, el Mesías.

La mujer no se pierde, no se rinde, no interrumpe su petición, persevera en gritarle a su Mesías. Los discípulos intervienen, le piden a Jesús que la escuche. El grito de la mujer les está molestando: "Escúchala, porque viene detrás de nosotros gritando." Los discípulos no hacen suyo el dolor de la mujer. No intervienen por verdadera piedad, compasión, amor puro y verdadero. Piden que se cumpla su voluntad porque se sienten privados de su paz. Es una demanda de egoísmo, no de caridad. No es el resultado de la verdad evangélica. Jesús no corrige su intervención. No ilumina sus corazones. Reitera la voluntad de su Padre: "No he sido enviado excepto a las ovejas perdidas de la casa de Israel." Esta misión que el Padre le confió, a esta misión debo

obedecer. La Voluntad del Padre es su vida. En la voluntad del Padre no hay lugar para el cumplimiento. La obediencia al Padre por Jesús es su alimento, su agua, su alimento diario.

La mujer sólo se preocupa por una cosa: la curación de su hija, y no se irá hasta que su gracia haya sido otorgada. Se acerca a Jesús y le pide ayuda: "¡Señor, ayúdame!" La respuesta de Jesús es inmediata: "No es bueno tomar el pan de los niños y tirarlo a los perros." Ante tal respuesta, todos se habrían rendido. La mujer no se rinde. Recuérdale a Jesús el derecho de los perros, un derecho que obliga al propietario a respetarlo. ¿Qué derecho es? El pan es de los niños. Sin embargo, si algunas migas caen de la mesa, estas migas son por derecho de los perros. Él, dejando caer algunas migajas, no les quita nada a los niños y todo da a los perros. Ante este

argumento Jesús debe rendirse, detenerse. No hay otros argumentos posibles para Él. Debe concederle el milagro. "Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres." Sublime la fe de esta mujer. Su fe es verdadera fe, rica en sabiduría e inteligencia, pero también fruto de su gran amor como madre. Ella debe obedecer a su amor como madre, y esta obediencia termina sólo después de haber logrado el milagro. La Madre de Dios y Nuestra Madre obtenga para cada discípulo de Jesús una fe igual de rica, sabia e inteligente.

*Sublime la fe de esta
mujer. Su fe es
verdadera fe, rica en
sabiduría e
inteligencia, pero
también fruto de su
gran amor como madre*

LÁMPARA EN MIS PASOS

Creo en la Iglesia una, santa, católica, apostólica

La Iglesia es una, porque uno es el cuerpo de Cristo, una la fe, la caridad, la esperanza, una la palabra, uno el pastor, uno el rebaño. Si la Iglesia es una, nunca se podrá dividir en muchas iglesias. Si la divides, significa que hay muchos cuerpos de Cristo, muchas fes, muchas caridades, muchas esperanzas, muchas palabras, muchos pastores, muchos rebaños. Sabemos que la división es siempre el fruto del pecado. El pecado que divide a la Iglesia es la soberbia. En la soberbia se eleva el propio pensamiento a la fe, a la caridad, a la esperanza, a la verdad, a la palabra de Dios, a la inspiración e iluminación del Espíritu Santo. En la soberbia se evita la obediencia a los pastores puestos por Cristo Jesús a apacentar su rebaño. La obediencia a los pastores debe ser como la de Cristo Jesús: debe llegar hasta la negación de sí mismo. Ante un mandato del Pastor debe morir nuestra mente, nuestro corazón, nuestra inteligencia, nuestra racionalidad, nuestra voluntad, nuestra alma, nuestro espíritu. Es el sacrificio que se requiere a quien quiere vivir en la Iglesia de Jesús Señor.

La Iglesia es santa porque el cuerpo de Cristo es santo. Jesús llevó su cuerpo a lo más alto de la santidad, llevándolo a lo más alto de la obediencia, del amor, de la justicia, de la verdad, de la esperanza, de la prudencia, de la templanza, de la fortaleza. ¿A quién obedeció Jesús? Ante todo, obedeció la voluntad del Padre, que lo hizo sacrificio de expiación por el pecado. En la voluntad del Padre siempre se ha dejado guiar por el Espíritu

Santo, creciendo en sabiduría y gracia, para poder responder con inmediatez a todo deseo del Padre. Obedeció a su verdad. Por esta obediencia a su verdad se dejó condenar a la muerte de cruz. Quien quiere ser cuerpo santo en el cuerpo santo de Cristo Jesús también está llamado a obedecer a su verdad. La verdad es la nueva creación hecha en nosotros por el Espíritu Santo. En esta santa obediencia, el cuerpo de Cristo crece de santidad en santidad y se convierte en sacramento de salvación para todo hombre.

La Iglesia es católica. En todo el universo visible e invisible, en la tierra, en el paraíso y en el purgatorio hay una sola Iglesia, un solo cuerpo de Cristo. Podemos comparar la catolicidad de la Iglesia con la Eucaristía. En tierra y en el cielo hay un solo cuerpo de Cristo. Este solo cuerpo, todo entero, está en cada partícula de pan consagrado. Todos reciben el mismo y único cuerpo. Pero el cuerpo no se divide. El cuerpo es siempre uno. La Iglesia se implanta en muchos lugares, pero es siempre una. La única Iglesia de Cristo Jesús es universal, es católica, pero vive en la particularidad de un lugar, de una ciudad, de una región. Todo discípulo de Jesús, que es cuerpo de Cristo, lleva sobre sus hombros la responsabilidad de todo el cuerpo de Cristo. Con su santidad eleva la belleza de la Iglesia, con su pecado la desfigura. El mundo no ve la Iglesia. Ve al cristiano. Viendo al cristiano ve a la Iglesia en su santidad si el cristiano es santo, en su belleza si el cristiano está adornado con

todas las virtudes, en su pecado y en su fealdad y monstruosidad si el cristiano vive de vicios y transgresiones de la Palabra.

La Iglesia es apostólica. Debe ser necesariamente apostólica. A los Apóstoles se les debe aplicar lo que dice el Apóstol Juan de Cristo Señor: "De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia, pues la ley fue dada por medio de Moisés, mientras que la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer." (Juan 1,16-18). Y de nuevo: "Jesús les dijo de nuevo: "La paz sea con ustedes. Así como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes." Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A quienes ustedes perdonen los pecados, les serán perdonados; y a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados." (Juan 20,21-23). Lo que Jesús recibió del Padre - gracia, verdad, luz, vida eterna, Espíritu Santo - lo puso en las manos de los Apóstoles. Cristo Jesús, don del Padre a la humanidad, deberá ser dado en su misterio de gracia, verdad, luz, vida eterna, Espíritu Santo, por los Apóstoles. En comunión jerárquica con los Apóstoles por los presbíteros, en comunión jerárquica con los Apóstoles y los presbíteros de cualquier otro miembro del cuerpo de Cristo. En la Iglesia de Cristo Jesús todo se recibe desde lo alto. Cristo Jesús recibió del Padre. Los Apóstoles han recibido de Cristo Jesús, cada otro miembro del cuerpo de Cristo recibe de los Apóstoles y, según su don de gracia y verdad, da al mundo entero y a la Iglesia.

La obediencia a los pastores debe ser como la de Cristo Jesús: debe llegar hasta la negación de sí mismo



SI ESCUCHAS...

Santa Virgen de las vírgenes

La Madre de Dios y Nuestra Madre es Virgen en el alma. Desde el primer momento de la concepción, se formó y tejió de gracia y se llenó del Espíritu Santo. Nunca ha habido lugar en ella para la serpiente engañosa. Nunca él ha podido poner un pie. El protoevangelio de nuestra redención se ha logrado en María: " Pondré enemistad entre tú y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Su descendencia te aplastará la cabeza, y tú le morderás el talón» (Gn 3, 15). La enemistad entre María y Satanás comenzó en el vientre y nunca fracasó. Su alma nunca perteneció a una criatura, ni siquiera por un momento. Siempre de su Señor, sólo de su Señor. La gracia de Ella ha sido llevada a lo más alto del desarrollo y de la fructificación. Ningún alma ha sido y será como la de María.

Ella es virgen en su corazón, sede del amor, de los deseos, de las aspiraciones. María sólo tenía un amor, un deseo, una aspiración: amar al Señor su Dios en plena obediencia a su voluntad, a su Palabra, a la Ley, a los Mandamientos. Amaba por obediencia, obedecía por amor. No sólo ha obedecido, ha deseado, ha codiciado, ha buscado, ha aspirado siempre a un amor y a una obediencia sin obstáculos, sino sobre todo sin retrasos, sin pérdida de tiempo, sin lagunas, sin imperfecciones. Fue una

obediencia sin medida. El Padre pedía en el Espíritu Santo y ella obedecía prontamente, amaba, servía, se ponía al servicio de su Señor.

Es virgen en la voluntad. En cada hombre la voluntad a veces se dirige hacia Dios a veces hacia Satanás y sus seducciones. En María nunca hubo una tendencia hacia Satanás. En ella el camino ha estado siempre en la voluntad de Dios, siempre en el bien, siempre en la luz, siempre en las aguas del Espíritu Santo, que son aguas de vida y de altísima santidad. Satanás nunca podrá exaltarse ante el Señor de haber podido algo contra la Madre de Dios y Madre nuestra. Él siempre tuvo que experimentar la derrota ante esta Mujer. Ella siempre le aplastó la cabeza. Esta es la virginidad de la voluntad de la Madre Santa.

Es virgen en el cuerpo. El cuerpo de la Madre de Dios es virgen no sólo porque nunca fue dado a un solo hombre. También es virgen porque nunca se ha dado al pecado, desobediencia, vicio, inmoralidad, deshonestidad, impureza. Nunca ha sido desfigurado por el mal. Era en lugar de luz, verdad, virtudes, justicia, santidad. En realidad, el cuerpo de María es ese acantilado inaccesible para cualquier forma de maldad. Su

cuerpo es fruto de la santidad de su alma, de la pureza de su espíritu, de la bondad de su voluntad. Al igual que su alma, su corazón, su voluntad, esta virginidad comenzó en el vientre de su madre desde el primer momento. El pecado no podía contaminarlo. Un cuerpo muy santo desde siempre y para siempre. María es la Santa Virgen de las vírgenes, porque Ella supera la santidad de toda otra virgen y de todas las vírgenes juntas. Nada superará la virginidad de María. Ayúdanos a todos a ser vírgenes para nuestro Dios.

Satanás nunca podrá exaltarse ante el Señor de haber podido algo contra la Madre de Dios y Madre nuestra. Él siempre tuvo que experimentar la derrota ante esta Mujer

DEL POZO DE JACOB

Si en nuestro corazón la fe es débil, frágil, incierta, insegura, dudosa, titubeante, falsa, ingenua, arreglada, mezclada con infinitas falsedades y habladurías del mundo, de esta fe nunca nacerá en otro corazón la verdadera fe en Cristo Jesús. Enferma está en nuestro corazón, enferma o tumoral estará también en el corazón de quien la reciba. En cambio, si en el corazón la fe es verdadera, recta, robusta, fuerte, vigorosa, obradora de caridad, justicia, obediencia, auténtica santidad, también en quien la recibe reflejará las mismas cualidades. La fe verdadera hace nacer fe verdadera. La fe vigorosa hará nacer fe vigorosa. Pero tanto el que da la fe como el que la recibe deben vigilar para que sea cada vez más fuerte, verdadera y robusta. ¿Cómo sucederá esto? Alimentándola de verdad, palabra, obediencia, gracia, Espíritu Santo, luz.

EN ESPÍRITU Y VERDAD

Respuestas de fe

¿Por qué todo sucede en la tierra y en los cielos no sólo por Cristo Jesús, sino también en Él y con Él?

Todo sucede en Cristo, con Cristo, por Cristo, porque el Padre lo ha constituido mediador único y universal entre él, cada hombre y toda la creación visible e invisible, material y espiritual. Mientras que la mediación en la creación - "todo ha sido hecho a través de él y sin él nada ha sido hecho de todo lo que existe" - es pura gloria del Verbo Eterno, por voluntad del Padre, en el Espíritu Santo, la mediación en la redención ha costado a Cristo Señor una obediencia a la voluntad del Padre, en el Espíritu Santo, hasta la muerte y muerte de cruz. Nuestro pecado ha sido expiado por su obediencia, fruto de su amor y misericordia hacia nosotros, los hombres, sus hermanos, a causa de la encarnación. Jesús se humilló hasta la aniquilación de sí mismo. Por esta humillación, el Padre lo elevó y lo constituyó Redentor, Salvador, Señor del universo, Juez de los vivos y de los muertos. No hay salvación sino en Él, con Él, por Él. El Padre lo ha puesto todo en sus manos. En ellas está el libro sellado de la historia y también de la eternidad.

Estamos salvados por la obra redentora y expiadora de Cristo Señor. Pero ésta es la redención objetiva. Es como si Cristo Jesús hubiera ofrecido al Padre un tesoro de gracia y verdad, justicia y paz, conversión y misericordia para derramar sobre todo hombre. El tesoro está. Está a nuestra disposición. El Padre celestial, en su eterno consejo, ha establecido que sea nuestro bajo dos condiciones: creer que en ningún otro nombre hay salvación, sino en el nombre de Jesús el Nazareno; obedecer a cada Palabra, cada Mandamiento dado por Jesús. La fe en Cristo Jesús y la obediencia a su Palabra deben comenzar el día de nuestra conversión y nunca fallar.

Siempre en esta doble obediencia se debe caminar. Si se cae de esta doble obediencia, se cae de las condiciones impuestas por el Padre. Estamos fuera del verdadero camino de la salvación. Salimos del camino estrecho que conduce a la vida. Volvemos al camino amplio de la perdición. La doble obediencia nunca debe fallar.

Hoy ya no se enseñan estas condiciones entre los cristianos. No se anuncia que sólo en Cristo Jesús, en su nombre, está establecido que podemos ser salvados. Se ignora la obligación tanto de la fe explícita en Él para tener la salvación como de la obediencia a Su Palabra para llegar a la posesión de la gloria eterna.

Corresponde a los Apóstoles del Señor, y en comunión jerárquica con ellos, a todo ministro de la Palabra y también a todo testigo de Cristo Jesús, vigilar para que siempre resuene en la tierra la recta fe. Si estas condiciones impuestas por Dios no son observadas, no hay salvación. De la no salvación del mundo son responsables aquellos que deberían haber vigilado y no lo han hecho. Hoy no sólo falta la vigilancia, incluso se permite que estas divinas verdades sobre Cristo

sean alteradas, manipuladas, negadas, despreciadas, declaradas cosas de ayer y no de hoy. Puesto que la responsabilidad del anuncio es siempre "in solidum", cuando uno falla, el otro debe multiplicar sus energías para suplir, a fin de que la pura verdad de Jesús resplandezca en toda su belleza. Esta obligación "in solidum" siempre se debe cumplir con gran celo y amor. Madre de Dios, ángeles, santos, haced que cada cristiano viva de pura fe en Cristo.

*La fe en Cristo Jesús
y la obediencia a su
Palabra deben
comenzar el día de
nuestra conversión y
nunca fallar*

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

Hoy se ha cumplido esta Escritura

Santa esposa del justo José

En la Carta a los Romanos, el Apóstol Pablo les pide a los discípulos de Jesús que ofrezcan a sus miembros a Dios como instrumentos de justicia. ¿Cómo puede pasar esto?

*Semanal de la parroquia. Distribución gratuita.
Reflexiones de los escritos de Mons. Costantino
Di Bruno.*

